


Amor libre

ALI SMITH

Traducción de Marta Alcaraz

gatopardo ediciones 

Título original: *Free Love and Other Stories*
© 1995, Ali Smith
All rights reserved

Publishing Scotland

Foillseachadh Alba

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
de la Fundación Publishing Scotland's Translation Fund.

© de la traducción: Marta Alcaraz, 2017

© de esta edición, 2017:

Gatopardo ediciones S.L.U.

Rambla de Catalunya, 131, 1^o-1^a

08008 Barcelona (España)

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2017

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Imagen del sitio web Magic of Love*

CC BY-SA 4.0

Imagen de interior: Ali Smith en Cambridge, noviembre de 2015

Fotografía de Chris Boland

CC BY-NC-ND 2.0

Imagen de la solapa: © Fotografía de Sarah Wood

ISBN: 978-84-945100-8-3

Depósito legal: B-1870-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Ali Smith firmando ejemplares
en Cambridge, noviembre de 2015.

*Para Sarah, para Margaret,
para Hardy y para Wood*

AMOR LIBRE

La primera vez que hice el amor con alguien fue con una prostituta en Ámsterdam. Yo tenía dieciocho años y ella se llamaba Suzi, no creo que fuera mucho mayor que yo. Llevaba rato recorriendo la ciudad en bicicleta, de mal humor, y acabé en el barrio rojo por casualidad; era el barrio rojo más agradable en el que me había perdido. Las mujeres se sientan en sillas en unos escaparates revestidos de pieles y telas, van con el pecho al aire o casi desnudas, cubiertas con túnicas y abrigos de piel. Tardé un rato en comprender que el desprecio y la cara de pocos amigos que me dedicaban no obedecían a cómo me las había quedado mirando, sino a que conmigo no iban a hacer negocio.

Era de noche y había salido sola en bici. Había bajado por un callejón y había parado a ponerme el jersey, y la bici se me había caído y la cadena se había soltado. Y al levantar la bici y apoyarla contra la pared de un edificio para poder arreglar la cadena, me fijé en las tarjetas que había pegadas al lado de la puerta. Varias estaban en

inglés, una decía ¿Necesitas un descanso? Tómatelo con Calma Sin Prisas Llama a Becky. Otra decía: Dieter, servicio insuperable 2.^a planta. Otra decía algo sobre uniformes y dominación y había una colegiala dibujada. Me estaba riendo sola cuando vi una tarjeta, muy abajo, con la letra minúscula en varios idiomas, holandés, francés, alemán, inglés y algo eslavo, y la línea en inglés decía: Amor para hombres y también para mujeres, Suzi 3.^a planta. El «también» estaba subrayado.

Y entonces dejé la bici apoyada en la pared y me encontré subiendo la escalera; en el tercer piso había una puerta con la misma tarjeta, y mi mano ya estaba llamando a ella. Tenía una excusa pensada por si quería salir corriendo, iba a decir que me había perdido y que si podía indicarme el camino de vuelta al albergue juvenil. Pero abrió la puerta y era guapísima, me gustó enseguida y no sentí ningún miedo.

El piso tenía una habitación y un baño independiente, unas sillas y la cama y una de esas cortinas de bolitas que separaba la cocina, como en las fotografías de los sesenta. En la pared había un póster del cantante de A-Ha, en esa época los A-Ha eran famosísimos en Europa, y ella me dijo que le gustaba porque era un hombre pero parecía una mujer. Recuerdo que el comentario me pareció muy excitante, nunca había oído a nadie decir algo tan a las claras. Soy de un pueblo pequeño. Una noche, mi amiga Jackie y yo estábamos en un pub y dos chicas estaban sentadas a una mesa en la otra punta del local; tenían una pinta muy normal, más que la nuestra, de hecho, llevaban el pelo largo, iban muy maquilladas, y cuando eché un

vistazo para verles el calzado, vi que una se había sacado un pie del zapato de tacón y que, por debajo de la mesa, lo pasaba por la espinilla de la otra, arriba y abajo. Era una acción muy valiente, ahora que lo pienso; de haberlas pillado, lo más probable es que les hubieran dado una paliza. Esa noche se lo comenté a Jackie y ella me dijo no sé qué de lo asqueroso que era, creo que le di la razón, yo no quería llevarle la contraria en nada.

La prostituta hablaba inglés con acento americano. Me dijo que disponía de una hora y que si eso me bastaría, y aunque no tenía ni idea, le dije que sí, que creía que sí. Le enseñé las manos llenas de grasa de la bici y dije que debería lavármelas, y ella me hizo sentar en una de las viejas butacas y, con un paño y una palangana que trajo, me las lavó y me las secó. Entonces hizo esto, se llevó mi mano a la boca y acercó la lengua a los dedos, justo ahí donde se juntan con la mano, y fue metiendo la lengua, recorriéndolos uno a uno. Con sólo hacer eso, casi me estalla la cabeza.

Me dio un café muy cargado y una copa de vino tinto, me dijo que me sirviera de la botella, que dejó en la mesita de al lado de la butaca, y entonces me echó los brazos al cuello y me besó, y fue aflojándome la ropa, y me desabrochó los tejanos, y yo me quedé inmóvil, pasmada. Me cogió de la mano y me llevó a la cama, ni siquiera apartó la colcha, nos echamos encima, era agosto, hacía calor, y después me enseñó lo que tenía que hacerle a ella, aunque yo ya me había hecho una idea. Cuando finalmente miró el reloj y me miró y sonrió y se encogió de hombros, nos vestimos y yo cogí el billetero y me puse a separar los

florines, contando antes de sacarlos, pero ella me cogió la mano con la suya y cerró el billetero. Es gratis, me dijo, la primera vez siempre debería ser gratis. Y cuando me acompañó a la puerta me preguntó si iba a quedarme mucho tiempo en Ámsterdam y si me gustaría volver. Le dije que me encantaría, y bajé las escaleras tan deslumbrada que cuando llegué a la bicicleta y me monté y quise ponerme en marcha, me había olvidado del todo de la cadena, y casi me doy en la barbilla con el manillar. Conque tuve que empujar la bici de vuelta al albergue, y mientras dejaba atrás el reflejo de los altos edificios que se torcían en la superficie del canal, atestada de hojas, pensé que la vida era maravillosa y que estaba llena de oportunidades. Me detuve allí y me apoyé en la barandilla y contemplé cómo el sol de la tarde colisionaba contra el agua, cómo se fundía entre destellos y confluía de nuevo en ese mismo movimiento, en ese mismo instante.

Cuando llegué al albergue, Jackie me puso la cadena en la bici. Jackie y yo éramos amigas desde el colegio, me llevaba un curso, y ahora que estudiábamos en la universidad seguíamos siendo amigas. El dinero del verano lo habíamos ahorrado para este viaje. Yo había estado trabajando en la tienda de *souvenirs* del camping desde finales de junio, y ella había atendido el mostrador de los *bed and breakfast* del punto de información turística; ganábamos una miseria, pero nos alcanzó para comprar los billetes de ida y vuelta a Ámsterdam en un autobús nocturno de los baratos.